
TIPOS BAROJIANOS EN LA REALIDAD Y EN LA FICCIÓN

SANTIAGO AIZARNA

¿De dónde nacieron los personajes de *Baroja*? ¿De qué montañar fluye su existencia? ¿De qué transparente región de las imaginaciones creativas su paso de realidades conocidas, sus caras de relieves familiares?...

Si en algo es feliz la literatura barojiana es en la creación de tipos. Desde cualquier rincón de cualquier página nos amanece la silueta de una figura literaria que se nos esfuma acaso en los recovecos de la acción o se nos queda viva en la memoria encandecida de nuestros propios tipos, esos que nos señalaron con la tangencia de su paso, que nos dejaron el reverbero de sus facciones más allá de lo efímero y sutilmente frívolo y perecedero, y para siempre, forman ya parte de nuestras vidas, bohemios que nos desfilan por los sueños de la infancia y de la adolescencia...

En *Baroja*, los tipos están extraídos de la cantera tridimensional de la vida. La identificación de estos personajes de novela con los reales es fácil, de manera que sentimos en ocasiones, y durante la lectura de las páginas barojianas, el ramalazo intuitivo de que ese personaje, ese caminante bajo los cielos grises de sus novelas, por la orilla del gran río barojiano que es por antonomasia el Bidasoa, por los senderos del bosque que nos asperjan los pies de un delicado aroma de umbrias o de rocíos vírgenes, azogado el reflejo del vagabundo en los espejos murientes de la tarde, esos personajes que vemos ahí, en la guarda del ganado campesino, en el cuidado de las praderas y de las vacas que en ellas pastan, o personajes que nos narran, igualmente la peripecia de una aventura ultramarina, o de los barcos soliviantados por la tormenta, historias de hombres que pueblan esas localidades que ya en su nombre, *Lúzaro*, *Erlaiz*, *Labraz*, *Zaro*, rezuman poesía, del contumaz cazador que persigue por el cielo el vuelo errátil de la tórtola extraviada o de las manadas que muy pronto caerán en la celada brutal de las redes de Echalar, de la diligencia de *Manish* y sus ecoicas resonancias por la garganta de *Endarlaza*, de las sabidurías demiúrgicas de *Jaun*, de las donosuras de la *Pamposha*, unos personajes que recorren con voz de melopea o de salmo, de poema rural o legendario unto, las geografías anchurosas de un hombre que tenía la cabeza poblada de personajes, los fue vaciando en letras de oro en esas

narraciones que las recordamos como vividas, en hazañas que se nos trasuntan por los verdes paisajes de nuestra imaginación dormida en el tibio calor de sus lecturas, personajes que nos narran una peripecia de humildes hazañas de viajes a países lejanos o de ahincada permanencia en los meandros inmóviles de sus vidas estancas, y que por espejos yuxtapuestos los vamos comparando con esos otros personajes a los que vimos trasponer la meridiana frontera de la realidad, que se nos acercaron en carne y sangre latiente, de manera que las dos entidades, ente real y ente de ficción, se nos fusionan.

En ocasiones, la identificación de los personajes de la realidad, con los personajes barojianos, se hace fácil. Es sabido que, como buen y aprovechado novelista, muchos de sus personajes los pintaba del natural, y que su cantera más explotada fue el pueblo vasco. La realidad geográfica de Vera, lugar de enclave de su filón, como también de Cestona en los tiempos en que como médico ejerció aquí, hizo que muchos tipos consustanciales con el paisaje vasco, precisamente los más sobresalientes de su friso campestre, fueran extracción de la tierra, tipos por otra parte que, los ahora un poco entrados en años, hemos tenido la ocasión de conocerlos, porque durante muchos años, y casi hasta hoy mismo, el campo vasco, las aldeas vascas, ofrecían casi, casi el mismo muestrario barojiano que en tiempos de *don Pío*. Y recuerdo yo, por ejemplo, de mis lecturas barojianas, de qué manera las trasposiciones y yuxtaposiciones de personajes se producían de manera inmediata, y si, por ejemplo, estaba leyendo la historia de *Tomatepoto* y de su errante andar cabe el Bidasoa, no era difícil identificarle con *Joxé Cacharrero*, ese extraño ejemplar de vagabundo doméstico que arreglaba paraguas y cacharros de los pueblos por donde transcurría en el humilde oficio de leñador, al que se entregaba junto con su madre *María Ijitua* y su hermano *Silvestre*, y que lo mejor que pudo hacer, ya casi en nuestros días, es morir, en una época en que ya no se arreglan ni paraguas ni cacharros. Eran tipos éstos, y otros como ellos, que tenían sus épocas de migraciones como las torcaces o los vencejos, y si durante la mayor parte del año se asentaban por las inmediaciones de Oyarzun o Rentería, hacían también sus incursiones, aventureros domésticos como eran, a las tierras de allende el Bidasoa, remontando las regatas y acampando en sus márgenes, despertándose con el murmullo de las aguas en las «errekas» donde acaso no era infrecuente tropezarse con una ondina peinándose en sus aguas ...



Y, en igual medida que de *Joxé Cacharrero* y de *Tomate-poto*, podríamos hablar de la dulce *Mari Belcha* que cuida de las vacas en el prado verde, y que bien puede ser, en la misma dimensión, o la *Engraxi*, o la *Edurne* o la *Maintoni*, criaturas entrañables de la gran familia del campesinado vasco, «cashieritas» llenas del dulce encanto de los verdes y los grises adulzados, con tibieza de recental en la mirada y una blanca y blanda humildad en el fondo de su corazón. Y no es difícil tampoco la identificación de *Lecochandegui*, con *Joxé León* «*Tripotx*», el camionero rudo, pantagruélico y vital; y, al mencionar a *Elizabide*, surge la figura incontrastable de *Bordaxoco*, el micólogo irredento y milagroso, y de nuestro dietario de los días en la misma medida podríamos extraer otros significados coetáneos unguados de la magia de la popularidad, que si no están en las novelas de *Baroja*, merecerían estarlo...

Y no importa, en esencia, que ni *Tomate-poto* se refunda en *Joxé Cacharrero*, ni la *Engraxi* en *Mari Belcha*, ni *Tripotx* en *Lecochandegui*, etc, porque hay una esencialidad más esencial que la del pensamiento y la de las semejanzas más o menos casuales y es acaso, la del tiempo, ese tiempo y esa edad, bendita o maldita, según nuestros propios recuerdos, que se nos queda palpitando ahí, en la tierna oquedad del corazón, muy cerca del tibio y dulzón sentimentalismo...